

Ha llegado carta

“Una carta”, de Claudio Bertoni.

Editorial Cuarto Propio. Santiago, 1999. 66 páginas.

JAVIER ASPURÚA

Cumpliendo su promesa, Claudio Bertoni ha comenzado a publicar fragmentos de sus múltiples grabaciones, una suerte de monólogo íntimo y casi permanente cuyas primeras transcripciones conocemos a través de este libro. Ellas están mediadas, es de suponer, por el obligatorio trabajo de edición, pero ello no quita su carácter de conversación del autor consigo mismo, que en este discurrir elabora obsesivamente sus compulsiones, sus miedos, sus amores, sus desengaños.

En una espléndida entrevista publicada en octubre en el fenecido suplemento “Diagonal”, del diario “El Metropolitano”, Bertoni contó que “hace diez años empecé a hablarle a una grabadora permanentemente y ahora me parece que la grabadora me estaba tragando todos los tallarines de mi cabeza, y todavía no he publicado nada de eso. Pero es demasiado estar conectado diez años con mis propios cables, porque la grabadora está más cerca del pensamiento que la lengua”.

Y tratándose de Bertoni, un autor que ha hecho de lo cotidiano el hilo firme de su escritura, que pone en escena su historia, sus mujeres, su sexualidad, es casi innecesario decir que los fragmentos recogidos en este libro están dirigidos a una mujer, que son la carta a una mujer, escrita desde la pérdida y la nostalgia.

Pero no se trata sólo de eso, evidentemente. En esta escritura fluida que se deja llevar tanto por las asociaciones como por el centro de gravedad impuesto por la

pérdida se teje un doble flujo, una suerte de espiral que va y viene, que se desborda y siempre regresa a su centro. Y ello es uno de los factores -aparte del oficio y del olfato poético- que enriquece y da valor a la poesía de Bertoni, tanto en los fragmentos recogidos en forma de interpelación a ella como en los breves poemas que conforman la segunda parte del libro.

Ese buceo casi angustioso y reiterativo en su circunstancia amorosa Bertoni lo trasciende de inmediato por la fuerza de la palabra, por la construcción de imágenes, por ese río de lenguaje que ha ido fijando un curso más o

menos continuo en todos sus libros anteriores, y que aquí alcanza una rara potencia.

Como señala Roberto Merino en el breve y contundente prólogo al libro, Bertoni pertenece a la breve lista de los hombres para quienes la pregunta acerca de qué quiere una mujer “les fustiga la piel, tipos para quienes esa pregunta es cosa viva”, es decir, “hombres sensibles a las emociones del amor e incapaces de asimilar las del poder”.

Bertoni lo dice de otro modo, en la mencionada entrevista: “Escribo por pura necesidad, porque pasan todas estas cosas en mi vida y no puedo hacer nada con ellas; sólo puedo consignarlas y es una forma de exorcizar el mundo”.

De esa furia por exorcizar tanto el mundo como sus demonios interiores surge este poeta tan ligado a la experiencia y a los objetos cotidianos, y tan capaz también de hablar por todos, lo que, a fin de cuentas, le da el verdadero certificado de poeta, y con mayúscula.



Claudio Bertoni.

*Ese buceo casi angustioso
y reiterativo en su
circunstancia amorosa
Bertoni lo trasciende de
inmediato por la fuerza
de la palabra, por
la construcción de
imágenes*